

Elsie Ansareo

En torno a la histeria

BilbaoArte, hasta el 7 de junio

Jaime Cuenca

EN los términos más generales posibles, cabe decir que el cuerpo humano se ha visto siempre sometido a una variedad de técnicas y saberes que lo conforman y encauzan en determinadas direcciones estratégicas. En eso consiste, en puridad, afirmar de un cuerpo que sea humano. Pero hay ocasiones en las que esa acción política del saber y la técnica confluye sobre ciertos cuerpos de un modo peculiarmente escénico. En esos momentos y en esos lugares una compleja performatividad se empeña en manifestar, sobre unos pocos cuerpos concretos, la eficacia de una fuerza pretendidamente extra-cultural y a-política. En el fondo, claro, no se hace sino marcar la excepción para reforzar la norma.

Un ejemplo de esto lo tendríamos en el más célebre caso de posesiones demoníacas de la Edad moderna: las endemoniadas de Loudon. Entre 1632 y 1634 la ciudad francesa de Loudon se convirtió en el centro de un vasto peregrinaje europeo que reunía a todo tipo de curiosos y escépticos alrededor de los exorcismos practicados sobre las monjas ursulinas de la localidad, supuestamente poseídas por embrujo del pá-

rrero, Urbain Grandier. Los ritos eran el escenario donde, bajo experta dirección de los exorcistas, los cuerpos de las monjas se abandonaban a los mayores excesos, para morbosos deleites del público. Todo acabaría con la muerte en la hoguera del supuesto brujo. Algo más de dos siglos después se da un nuevo ciclo de escenificaciones, también en Francia: de nuevo cuerpos de mujeres convulsionando bajo la sugestión de una figura masculina de autoridad, de nuevo un público interesado que se arracimaba con morbo alrededor de estos cuerpos "anormales". Hablamos de las célebres "sesiones de los martes", en las que Charcot trataba la histeria

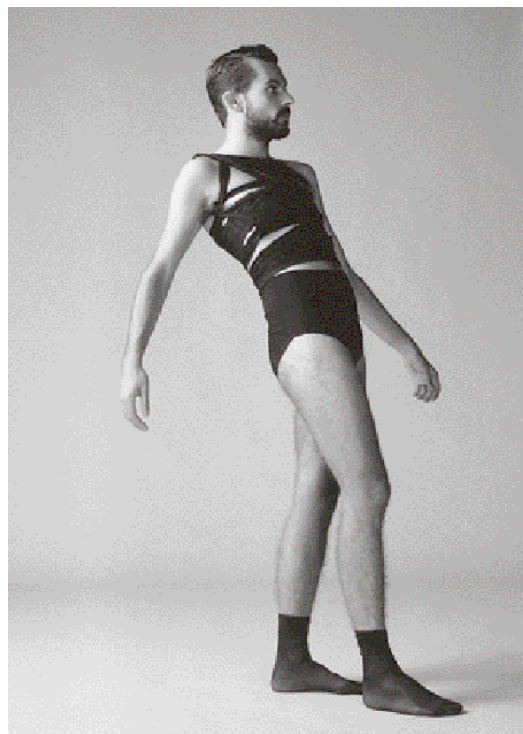
en ese episodio histórico que constituyó el acta de nacimiento de la histeria como trastorno psiquiátrico. Jean-Martin Charcot puso gran empeño en utilizar la fotografía para documentar los cuadros históricos de sus pacientes. De estas imágenes (publicadas en 1878 bajo el título *Iconographie Photographique de La Salpêtrière*) parte el proyecto *El observatorio*; más exactamente, de una de las posturas más repetidas, aquella en la que el cuerpo se arquea en un rictus de dolor casi extático. Elsie Ansareo escenifica esta postura arqueada con la ayuda de modelos siempre masculinos, denunciando así la evidente carga sexista implícita en la defi-

Además de la exposición, el proyecto se condensa en un libro de artista, editado por consonni

de las internas en el Hospital parisino de La Salpêtrière.

En torno a este segundo caso gira el último proyecto de Elsie Ansareo. La artista se interesa por la función de su propio medio, la fotogra-

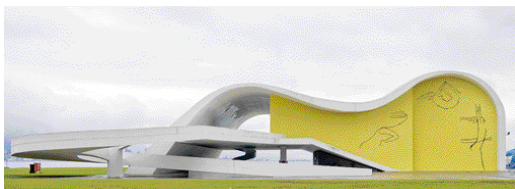
nación misma de la histeria (del gr. *hyster*, 'útero'). El desmontaje de la histeria se completa como en un espejo que invirtiera las circunstancias de Charcot: aquí es una mujer quien investiga, un psicólogo (Ima-



Ansareo se ayuda siempre de modelos masculinos

nol Amayra, profesor de la Universidad de Deusto) es entrevistado por ella y los cuerpos fotografiados son masculinos. Además de la exposición que puede verse en BilbaoArte, el proyecto se condensa en un libro

de artista, editado por consonni, que recoge las imágenes y el resultado de las entrevistas entre Elsie Ansareo e Imanol Amayra. Ambos dispositivos deslumbran por el rigor en su ejecución.



Teatro Popular de Niteroi

José Manuel Ballester

Ciudades despobladas

VanGuardia, hasta el 18 de junio

JOSÉ Manuel Ballester, Premio Nacional de Fotografía en 2010, expone una selección de sus fotografías urbanas en la galería VanGuardia. Su obra se caracteriza por captar la monumentalidad con una precisión sencilla, austera. A través de su objetivo los edificios aparecen como dotados de una serena animación que irradian calidamente desde su mismo centro. Hay algo que parece hacerles capaces de empezar a moverse de un momento a otro, con la lentitud de los animales extintos, es decir, soñados. Una de las series más célebres de José Manuel Ballester es

aquella en la que versiona a grandes clásicos de la pintura europea eliminando de sus obras la figura humana. Con este procedimiento logra también transmitir una misteriosa animación a lo que en origen no son sino meros escenarios: el paraje de la Montaña de Príncipe Pio, por ejemplo, donde Goya situó sus Fusilamientos del tres de mayo, no necesita de figura alguna para transmitir una profunda sensación de trágica injusticia. Hacer hablar al silencio y animar la quietud: dos virtudes casi milagrosas que convienen sólo a los grandes.

Simon Edmondson y Antón Hurtado

Ruina y paisaje

Juan Manuel Lumbreras, junio y julio

LAS piezas de Simon Edmondson (Londres, 1955) que pueden verse en el piso superior de la galería Juan Manuel Lumbreras desprenden un aura trágica. Son óleos (en su mayoría) que plasman los inquietantes riesgos y la ruina cierta del espacio doméstico; se diría que del espacio doméstico por antonomasia, que es precisamente el propio de una casa victoriana. Con trazo ágil y borrosa figuración, Edmondson retrata el desastre sobrevenido a una morada decimonónica: en una estancia varias figuras parecen esperar sentencia (¿la de un médico, quizás?), mientras que en torno a una mesa debaten las sombras. La escalera, eje vertebrador de la casa, deviene lugar de escombros y de olvido.

Mientras tanto, en el sótano de la galería, las acuarelas de Antón Hurtado (Pamplona, 1946) reviven sus pasos por el camino de Santiago (del que es todo un asiduo). Pintados al aire libre o recreados luego en el estudio, estos paisajes trasladan al espectador a otros aires, más limpios, y otros horizontes, más abiertos. Como buen acuarelista, Hurtado tiene ojo para



Awake at night, 2008. Simon Edmondson

la instantánea, pincelada rápida y un color transmisor de atmósferas. Es capaz de sugerir contextos con los mínimos elementos, insinuando apenas. Pero forman parte de la muestra también dos acuarelas de

gran tamaño que sobrecogen por su contundencia. El cuidado en la composición y el estudio de los matices sirve aquí a una carga emocional sin aspavientos, signo distintivo de los buenos paisajistas.